beyos dejaran las armas, depositándolas en el convento de San Francisco, y de que admitieran los jurados que él proponia. Aviniéronse á ello los Trece, y en su virtud resignaron el gobierno en manos de don Ramon de Viciana: los nuevos jurados tomaron posesion de sus cargos (18 de octubre); los agermanados mas comprometidos abandonaron la ciudad, refugiándose Vicente Peris en Alcira, y trece dias despues hizo su entrada el conde de Mélito en Valencia (1.° de noviembre), dejando acantonadas sus tropas en los pueblos de la comarca.

El nervio y la fuerza principal de las germanías quedaba en Alcira, donde se hallaba el intrépido Vicente Peris con gente denodada y resuelta á defenderse peleando á todo trance, y en combinacion con la de Játiva hacia atrevidos rebatos contra los destacamentos realistas. Sobre Alcira se puso el virey con ocho mil hombres y un buen tren de batir. Pero á los pocos dias de sitio, faltas sus tropas de víveres, intentando infructuosamente un asalto, y con noticia de que se aproximaban tres mil agermanados en socorro de la poblacion, levantó el cerco con pérdida de mas de mil hombres, y enderezóse á Játiva, no sin que los de Alcira destacaran en pos de él una respetable columna que le fué molestando todo el camino y diezmándole su retaguardia.

Cuando parecia ir tocando á su término esta desastrosa guerra, se derramaba mas sangre de compatriotas y hermanos. En los diferentes ataques que el virey intentó contra Játiva, y en las varias salidas que contra él hicieron los de la ciudad, perecieron de una y otra parte cerca de cuatro mil hombres. Recurrió el virey á medios políticos para hacer venir la ciudad á una capitulacion, y se vió envuelto por un ardid de los agermanados, con el cual se acreditaron de muy artificiosos, pero de nada nobles. Dijéronle que rendirian la ciudad con tal que se les permitiera entregarla á su hermano el marqués de Zenete, de quien tenian confianza. Accedió á ello el virey; en su virtud el marqués su hermano fué llamado á Játiva (diciembre), y el conde, fiado en que se haria su rendicion, se retiró á Montesa. Tan luego como se vieron libres los de la germanía, provocaron un motin dentro de la ciudad; trató de sosegarle el marqués de Zenete, echóse sobre él Vicente Peris, que parecia hallarse en todas partes, con doscientos de los suyos, el marqués se defendió briosamente, pero fatigado del largo combate hubo de rendirse, y le encerraron en la torre de San Jorge.

Justamente exasperado el virey con tamaña deslealtad y tan pesada burla, antes de revolver contra los de Játiva, descargó primero sus iras en los de Onteniente, que sometidos ya, habian vuelto á rebelarse. Acometida la villa, y hechos fuertes los comuneros en la iglesia y en la casa del párroco, incendió el virey la una y se apoderó á viva fuerza de la otra, hizo sobre quinientos prisioneros y mandó ahorcar en su plaza á mas de setenta. Angústiase el alma y se estremece el corazon al tener que reseñar (y lo hacemos lo mas compendiosamente que nos es posible) tan trágicas escenas. No sucedia así en verdad á los autores de aquellos dramas sangrientos, puesto que en la misma plaza de Onteniente un oficial del rey veia impasible y sereno ejecutar en la horca á un hermano suyo que militaba entre los agermanados.

Á reclamacion de casi todo el vecindario de Valencia fué puesto en libertad el marqués de Zenete, que volvió á la capital con gran satisfaccion de los nobles, y hasta de los plebeyos, que de todos era generalmente bienquisto el marqués. Pero aquella alegría se aguó pronto con la nueva de que el temible Vicente Peris habia salido de Játiva con alguna gente y se dirigia á Valencia á reanimar á sus parciales. A prenderle ó impedirle la entrada salió con cien caballos el gobernador don Luis Cabanillas, que temiendo ser cortado por una columna de la germanía de Alcira, regresó á la ciudad sin otro fruto que ser insultado á la entrada por la plebe, contra la cual tuvo que dar algunas cargas de caballería.

No obstante la vigilancia y las prevenciones de las autoridades de Valencia, el diabólico y artificioso Peris tuvo maña para introducirse una noche en la ciudad (18 de febrero, 1522), y con una osadía que no puede menos de asombrar se instaló en su propia casa, en la calle de Gracia, donde inmediatamente congregó á los mas resueltos de sus amigos, decididos todos á morir por defenderle. Con la noticia de su llegada puso el gobernador sobre las armas cinco mil hombres, de los cuales formó tres cuerpos; confió el mando del uno á su lugarteniente don Manuel Exarch, el del otro al marqués de Zenete, y él en persona habia de dirigir el tercero. Todos habian de confluir simultáneamente por diferentes puntos á la calle en que moraba Vicente Peris. La guerra de las germanías se iba á decidir aquel dia, pero tenia que ser un dia de horror para Valencia. Se abrieron todos los templos, se expuso en ellos el Santísimo Sacramento y se llenaron de gente. Las tres columnas avanzaron por diversas calles hasta penetrar á un tiempo en la de Gracia. Sobre las tropas del rey caian de todas las ventanas de aquella estrecha calle las piedras, los utensilios y enseres de las casas, y el agua hirviendo que desde ellas arrojaban las mujeres. Tres horas duró el combate y la defensa de la casa de Vicente Peris, y la calle estaba sembrada de muertos, heridos y moribundos. Pudieron al fin los soldados acercarse á la casa y ponerle fuego. Por entre las llamas salieron la mujer de Peris y sus hijos, quedándose él dentro con unos pocos. El fuego le abrasaba ya, desplomábase la humilde vivienda, y ya no tuvo otro remedio sino entregarse al capitan don Diego Ladron, que tenia mas inmediato. Entre el gobernador y el marqués de Zenete se hallaba el Vicente Peris á poco rato, cuando se lanzaron sobre él unos grupos y le asesinaron bárbaramente. Arrastrando llevaron su cadáver hasta la plaza del Mercado; medio despedazado su cuerpo le colgaron en la horca: bajáronle despues, le cortaron la cabeza y la colocaron en una ventana del palacio episcopal, de donde mas adelante la quitaron para clavarla en la puerta de San Vicente. Hasta otros diez y nueve de sus compañeros fueron ahorcados en las cárceles en aquel mismo dia, y sus miembros se veian despues en las puntas de los maderos en los caminos reales. La casa de Peris fué arrasada, y de su solar quedó la plazuela llamada de Galindo.

Parecia que vencida la revolucion, de una manera tan trágica, pero tan definitiva en Valencia, debia haber quedado sosegado el reino; pero alentaba á los agermanados de Játiva un hombre misterioso, á quien habian recibido con entusiasmo, y que habia logrado alucinar la gente crédula, diciendo que era hijo de unos grandes príncipes, pero que graves motivos de política le obligaban á ocultar su nacimiento y su nombre, por cuya razon le llamaban *El Encubierto*. Este singular personaje hablaba varias lenguas, seducia con la palabra, atraia con sus modales, mostraba valor en los peligros, dábase aire de apóstol, y se decia inspirado y como predestinado por Dios para acabar con la morisma del reino. Suponíase hijo del príncipe don Juan de Castilla y de Margarita de Flandes, y por consecuencia nieto de los Reyes Católicos. Decia que lo que habia dado á luz la princesa Margarita no habia sido una niña, como habia figurado el cardenal Mendoza de acuerdo con la partera, sino un niño, que era él, y que no habia muerto como se dijo entonces, sino que habia sido trasportado á Gibraltar y dado á criar á una pastora, que le puso el nombre de Enrique Enriquez de Ribera. Al principio, cuando los agermanados le preguntaban su nombre respondia que se llamaba el *Hermano de todos*. «Vestia, dice un historiador valenciano, una hernia parda de marinero, un capotin de sayal abierto por los lados, calzones de lo mismo á lo marinesco, y el bonete, una gallaruza castellana: el calzado, una abarca de cuero de buey y otra de pellejo de asno. De cuando en cuando salia á predicar en público (1).»

Con esto logró el Encubierto fascinar á muchos, se hizo un gran partido entre la gente popular, y habia quien le reverenciaba como á verdadero príncipe. Habíase hecho amigo de Peris, y cuando se levantó el sitio de Játiva, se trasladó á Alcira, donde fué espléndidamente agasajado. Presentóse el Encubierto como vengador de la muerte de Vicente Peris, y así se lo escribió desde Alcira á los de Valencia, anunciando su ida á la ciudad. Supolo el marqués de Zenete, hizo vigilar las puertas y frustró su tentativa. Penetrado el marqués de la necesidad de acabar con aquel hombre, pregonó su cabeza, ofreciendo al que le cogiera muerto ó vivo doscientos ducados de oro.

(1) Escolano, Historia de Valencia, lib. X, c. 19.

Abandonado por sus parciales en otra segunda tentativa que hizo sobre la capital, y retirado á Burjasot, le sorprendieron una noche en su casa dos plebeyos y le asesinaron (19 de mayo, 1522). Llevado el cadáver del Encubierto á Valencia, fué quemado de órden del Santo Oficio, y su cabeza y la del que habia de haberle facilitado la entrada en la ciudad, fueron clavadas sobre la puerta de Cuarte (1).

Continuó, sin embargo, por algun tiempo la guerra entre las tropas reales y las de las germanías de Játiva y Alcira por la parte de Sueca, Carlet, Luchente, Albaida y Bellús. En este último punto tuvieron los agermanados un encuentro con el virey, en que perdieron mas de mil infantes y siete banderas. Con esto y con los refuerzos que al conde de Mélito envió el emperador, de vuelta ya en España, acometió otra vez la rebelde y obstinada ciudad de Játiva, en ocasion que se hallaban las mujeres casi solas en la poblacion (6 de setiembre de 1522), las cuales hicieron una defensa varonil, dando lugar á que entraran los hombres que andaban corriendo la comarca. Pero el virey, jefe de un ejército ya respetable, apretó tanto el sitio, que despues de algunos dias tuvieron que rendirse aquellos tenaces agermanados. Privada Alcira del apoyo de Játiva, y sola ya en la contienda, se entregó sin resistencia al vencedor, que pasó á plantar el estandarte imperial en el último baluarte de las germanías (2).

Terminada aquella sangrienta guerra y sosegado el reino, comenzaron los procesos contra los agermanados, como en Castilla contra los comuneros despues de concluida la guerra de las comunidades. El famoso Guillen Sorolla, gobernador de Paterna y Benaguacil, que habia sido traidoramente vendido y entregado á la justicia por un moro criado suyo, fué sentenciado á muerte y ejecutado en Játiva, sufriendo despues igual pena el agermanado Oller, cuyo interrogatorio habia servido para condenar á Sorolla, su cabeza fué llevada á Valencia, y colocada á una esquina de la casa de la ciudad. Su casa fué arrasada como la de Vicente Peris. El nombre de aquel famoso tejedor, individuo del gobierno de los Trece, y uno de los mas audaces caudillos de las germanías, se conserva inscrito en la calle misma en que vivia, que desde entonces se ha llamado calle de Sorolla. Igual fin que Sorolla tuvieron Juan Caro y otros jefes de la germanía. La muerte, el destierro ó la fuga fueron haciendo desaparecer á todos los agermanados de alguna cuenta, y los gremios de Valencia, y en general todas las clases de menestrales y artesanos, todos los que se llamaban plebeyos, fueron objeto de una activa persecucion, sufrieron la triste suerte de los vencidos, y fueron recargados de gravísimos impuestos. Un escritor valenciano hace subir á catorce mil el número de víctimas que costó la guerra de las germanías (3).

Así sucumbió casi á un tiempo y de un modo igualmente trágico la clase popular en Castilla y en Valencia, y en uno y otro reino quedó victoriosa y pujante la clase nobiliaria. Diversas en su orígen y en sus tendencias las dos revoluciones, sobrábanles á los populares de ambos reinos motivos de queja, y aun de irritacion, á los unos por las injusticias y las tiranías con que los oprimian los nobles, á los otros por la violacion de sus fueros y franquicias que sufrian de parte de la corona. Para sacudir la opresion ó reivindicar sus derechos acudieron unos y otros á medios violentos, cometieron los excesos que acompañan de ordinario á los sacudimientos populares, fueron en sus pretensiones mas allá de lo que consentia el espíritu de la época y de lo que convenia á ellos mismos; les sobró valor é intrepidez, y les faltó direccion y tino; ambos movimientos fueron mal conducidos, y entre sus muchos errores el mayor para ellos fué haber obrado aisladamente y sin concierto los de Valencia y los de Castilla. Aun así estuvo Cárlos de Gante á peligro de perder su corona de España mientras ceñia en sus sienes la del imperio aleman. Pero una y otra revolucion sucumbieron, y las guerras de las Comunidades y de las Germanías dieron por resultado el engrandecimiento de la autoridad real y la preponderancia de la nobleza.

(1) Este famoso embaidor parece era hijo de padres judíos y natural de Castilla, cuya lengua hablaba muy bien. Habia estado algun tiempo en la Huerta de Valencia haciendo vida de ermitaño. Despues sirvió en Cartagena á un rico comerciante llamado Juan Bilbao, en cuya compañía fué á Oran á asuntos mercantiles. Al cabo de algun tiempo sedujo la mujer ó la hija del comerciante, por lo cual fué despedido de la casa ignominiosamente y pasó á servir al gobernador de Oran. Habiéndosele descubierto otra fechoría semejante, fué azotado públicamente por las calles de aquella ciudad. Y desde allí se vino á Valencia, y tomó la parte que hemos visto en la guerra de las germanías.

(2) Allí recibió el virey órden del emperador para que diera libertad al duque de Calabria don Fernando de Aragon, preso hacia diez años en el castillo de Játiva.

(3) La isla de Mallorca, donde se habia propagado tambien la revolucion de las germanías, con los mismos horrores que en Valencia, se rindió y sometió al poco tiempo á consecuencia de una armada que envió allá el emperador.

CAPÍTULO IX

Coronacion de Cárlos V.—Primeras guerras de Italia

DE 1520 Á 1522

Salida de Cárlos de España.—Va á Inglaterra.—Situacion, carácter y relaciones de los reyes de Francia é Inglaterra.—El cardenal Wolsey.—Alianza de Cárlos con Enrique VIII.—Coronacion de Cárlos V en Aix-la-Chapelle.—Entrevista de Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra en el *Campo de la Tela de Oro*.—Relaciones entre los monarcas y príncipes de Europa.—Guerra del Luxemburgo.—Rompimiento entre Cárlos V y Francisco I.—Guerra de Navarra.—Toman los franceses á Pamplona y sitian á Logroño.—Son rechazados.—Guerra de Milan.—Alianza entre el emperador, el papa y Enrique VIII.—Los franceses expulsados de Milan.—Muerte del papa Leon X.—Eleccion de Adriano, regente de Castilla.—Nueva guerra y derrota de franceses en Lombardía.—Vuelve Cárlos V á Inglaterra.—Guerra entre ingleses y franceses.—Regresa el emperador á Castilla.

Gana y deseo vehemente teníamos ya de dar algun desahogo al espíritu fatigado del sombrío cuadro de las guerras civiles, y de apartar nuestra vista de los campos de Castilla y de Valencia regados con sangre española, vertida por españoles mismos en batallas y cadalsos, y de esparcirla por mas ancho horizonte, y de distraer nuestro ánimo y el de nuestros lectores con espectáculos de otra índole que estaban representándose en otro mas vasto teatro.

Y en verdad, tan pronto como se tienden al viento las velas de la nave que desde la Coruña conducia á Cárlos de Gante á los dominios del imperio que acababa de heredar (mayo de 1520), desde aquel momento no puede menos de desplegarse á los ojos de nuestra imaginacion el cuadro general de la Europa, en que el régio navegante está llamado á representar el primer papel. En efecto, el nieto de los Reyes Católicos, jóven de veinte años, pero rey ya de Castilla, de Aragon, de Navarra, de Valencia, de Cataluña, de Mallorca, de Sicilia, de Nápoles, de los Países Bajos, de una parte de África, y de las vastas islas é ilimitados continentes del Nuevo Mundo, va á agregar á tan grandes y ricas coronas la del imperio aleman, cuya elevadísima posicion le ha de obligar á entenderse con todos los soberanos de Europa, y á tomar una parte principalísima en todas las grandes cuestiones y en todos los grandes intereses del mundo y del siglo; de un mundo y de un siglo en que encontraba ya dominando príncipes tan grandes como Francisco I de Francia, como Enrique VIII de Inglaterra, como Soliman el Magnífico de Turquía, y como Leon X, que desde la silla de San Pedro regia y gobernaba la cristiandad; «cada uno de los cuales, hemos dicho en otra parte, hubiera bastado por sí solo para dar nombre á un siglo (4).»

Francisco I de Francia, rival ya de Cárlos desde sus frustradas pretensiones al imperio, con todo el resentimiento de un pretendiente desairado, y con toda la envidia que inspira el amor propio mortificado con la preponderancia alcanzada á los ojos de Europa por otro contendiente mas feliz (5); sobe-

(4) Discurso preliminar, tomo I, pág. XXIII.

(5) Cuéntase que decia el monarca francés cuando se agitaban las pretensiones: «Cortejamos á una misma dama; empleemos cada cual para lograrla todos nuestros esfuerzos; mas luego que ella haya designado al rival mas dichoso, toca al otro conformarse y quedar tranquilo.» Pronto habia de acreditar que tales propósitos se hacen mejor que se cumplen.

rano de un reino grande, enclavado en el centro de Europa, y fuerte por la unidad que acababa de alcanzar; dotado de un espíritu caballeresco, que no cuadraba ya á la época, pero alimentado por la lectura de los libros de caballería; dueño del Milanesado, que el imperio aleman miraba como feudo suyo, y cuya investidura no habia logrado aun el monarca francés; con pretensiones todavía al reino de Nápoles, de que su antecesor habia sido desposeido por Fernando el Católico; conservándolas Cárlos al ducado de Borgoña, que el astuto Luis XI de Francia habia desmembrado de la herencia de Cárlos el Temerario; interesado Francisco en que se restituyera el reino de Navarra á Enrique de Albret, y con aspiraciones el rey de Francia á dominar sobre las dos vertientes de los Alpes, puédese descubrir cuán imposible era augurar ni prometerse que se mantuvieran amigos dos jóvenes príncipes, entre quienes tantos y tan graves y complicados motivos de rivalidad existian, á pesar del tratado de paz de Noyon (1). Para un caso de rompimiento, Cárlos contaba con mucho mayor poder y con mucho mas vastos dominios que Francisco, pero de tal manera desparramados, que no le habia de ser posible colocarse nunca en el centro, de modo que pudiera atender fácilmente á las necesidades que en los puntos extremos pudieran ocurrir. La Francia, mucho mas pequeña que la totalidad de aquellos inmensos Estados, pero mas fuerte que cada uno de ellos, estaba en mas ventajosa posicion para defenderse y para ofender.

Enrique VIII de Inglaterra, que habia reunido en su persona los opuestos derechos de las familias de Yorck y de Lancaster; que habia subido al trono en una de las épocas mas felices para su pueblo; que habia heredado paz y tesoros; activo, emprendedor, ambicioso, diestro en los ejercicios militares, y con un carácter acomodado á las inclinaciones de sus súbditos, se hallaba en una posicion de todo punto diferente de la del monarca francés. Separada la Inglaterra del continente europeo, al abrigo de una invasion extraña, dueña del puerto de Calais, que le abria la entrada en Francia y le franqueaba el camino á los Países Bajos, hallábase el rey Enrique en disposicion de mantenerse neutral, de poder ser mediador entre Cárlos y Francisco, y de impedir el desequilibrio europeo que pudiera ocasionar la preponderancia de uno de los dos rivales. Pero no tenia Enrique ni la habilidad ni la calma para mantener tan ventajosa posicion, y sobrábale pasion y vanidad para conocer como debiera sus verdaderos intereses y los de su reino. Verdad es que tanto como á su carácter culpa la historia á los consejos y al influjo de su primer ministro y favorito el cardenal Wolsey, hombre devorado de la ambicion y de la codicia, y lleno de orgullo por la solicitud con que los príncipes mismos buscaban su amistad y le adulaban, como el mejor medio para congraciarse con el rey (2).

Habia logrado el rey de Francia granjearse el favor del cardenal inglés, halagando su codicia con una considerable pension, y su vanidad consultándole en los mas arduos é importantes negocios, y por su mediacion habia ajustado el casamiento del delfin con la hija de Enrique, y concertado tener los dos monarcas una solemne entrevista, á que asistiera todo lo mas brillante de las cortes de Europa. Temiendo el rey Cárlos de España las consecuencias de esta union, determinó ganar á su rival por la mano, y desde la Coruña se dirigió á Inglaterra, desembarcando en Douvres (26 de mayo, 1520), sin avisar de ello á Enrique, á quien sorprendió y halagó tan inesperada visita. En solos cuatro dias que permaneció Cárlos en Inglaterra consiguió atraerse y separar de la amistad de la Francia al rey Enrique y á su ministro favorito; á este, prometiéndole todo su valimiento para que un dia cambiara el capelo de cardenal por la tiara pontificia, que sabia ser el sueño dorado de Wolsey: á aquel, ofreciendo hacerlo árbitro de todas sus diferencias con Francisco I. Seducidos ambos con tan bellas promesas, agasajaron á Cárlos á competencia, y Enrique le dió palabra de pagarle su atencion, volviéndole la visita en los Países Bajos, tan luego como tuviera la acordada entrevista con el francés.

Despidiéronse con esto afectuosamente ambos monarcas, y Cárlos se reembarcó para Flandes, donde permaneció poco tiempo, y de allí partió á Aix-la-Chapelle, ciudad designada en la Bula de Oro para la coronacion de los emperadores. Allí, con la mas suntuosa magnificencia, y á presencia de la asamblea mas brillante y mas numerosa que jamás se habia visto, vestido Cárlos de una ropa talar de brocado, con un rico collar al cuello, se hizo la solemne ceremonia (23 de octubre), ungiendo sus manos y colocando la corona de Cárlo-Magno en su cabeza los arzobispos de Colonia y de Tréveris (3).

Antes de esto se habia verificado ya en Ardres, ciudad de la costa de Francia, la célebre y fastuosa entrevista de Francisco I y Enrique VIII en la llanura llamada *Campo de la Tela de Oro;* famosa reunion, por el lujo, el boato y la esplendidez que ostentaron los nobles de ambos reinos, que como dice un escritor francés (4), «llevaban sobre sus cuerpos sus molinos, sus bosques y sus prados:» fiesta de placer y de etiqueta, solemnizada por espacio de diez y ocho dias con juegos y ejercicios en que reinó la galantería, la elegancia y el buen gusto (5). Concluida aquella fiesta, Enrique VIII pasó á visitar á Cárlos en Gravelines, donde estrecharon su alianza los dos soberanos, acompañando despues Cárlos á Enrique hasta el puerto de Calais.

Entre los graves negocios que reclamaban la presencia del recien coronado emperador en Alemania el mas importante de todos era el de la reforma religiosa proclamada por Lutero. Interesaba á la cristiandad, y urgia atajar la revolucion y el cisma que amenazaban producir las nuevas doctrinas difundidas por el fraile aleman, y á este efecto convocó el emperador la dieta imperial para el 6 de enero (1521) en la ciudad de Worms. Pero antes de informar á nuestros lectores de lo que se determinó en la dieta de Worms sobre la famosa Reforma, orígen de grandes acontecimientos materiales y principio de una revolucion en las ideas del mundo, piedra de toque de todos los principales sucesos y complicaciones de este reinado y de este siglo, de la cual por lo mismo nos proponemos hablar separadamente, cúmplenos para la mayor claridad histórica dar cuenta de las causas y de las primeras consecuencias del rompimiento que ya se temia entre los dos poderosos rivales Cárlos V y Francisco I.

Temiendo ya este rompimiento, que la política del ministro Chièvres habia podido retardar, cada uno de los dos monarcas habia procurado hacerse aliados y amigos, en lo cual tambien se anticipó al francés el emperador, que desde su salida de España obraba con una prevision, una destreza y una energía, que el emperador de Alemania no parecia ser el rey de España, y en los asuntos generales de Europa mostrábase muy otro que en los negocios del reino español. De contado

(1) En este célebre tratado (13 de agosto de 1516), se habia concertado entre otras cosas el matrimonio de Cárlos con Luisa hija de Francisco de Francia, niña de pocos meses; como en seguridad del auxilio y asistencia que se habian prometido, aun en sus respectivas conquistas.

(2) Hé aquí el retrato que hace Robertson de este prelado: «De la hez del pueblo, dice, habia este hombre subido á una elevacion que no habia podido alcanzar vasallo alguno, pues dominaba como amo imperioso al mas orgulloso é intratable de los reyes. Sus cualidades le hacian á propósito para sostener el doble papel de ministro y favorito. Un juicio profundo, una aplicacion infatigable y un conocimiento cabal del estado del reino, unido al de los intereses y miras de las cortes extranjeras, le hacian capaz de ejercer la autoridad absoluta que se le habia confiado; mientras que sus finos modales, la gracia de su conversacion, su insinuante genio, su gusto por la magnificencia y sus progresos en el género de literatura que mas agradaba á Enrique le captaban la confianza y el afecto del jóven rey. Léjos estaba Wolsey de emplear en bien de la nacion, ó del verdadero engrandecimiento de su amo, la ámplia y casi régia autoridad de que gozaba, antes codicioso y pródigo á la vez, nunca se saciaba de riquezas, etc.» Historia del emperador Cárlos V, lib. II.

(3) El obispo Sandoval, en el lib. X de su Historia de Cárlos V, trae todo el largo ceremonial de la entrada del emperador en Aix-la-Chapelle (Aquisgran) y de su coronacion.

(4) Du Bellay.

(5) Cuéntase que en estas fiestas, habiéndose retirado ambos reyes á una tienda de campaña, donde bebieron juntos, asió Enrique del cuello á Francisco y le dijo: *Hermano, es menester que luchemos los dos:* y que se esforzó una ó dos veces para echarle la zancadilla: pero Francisco, que era mas diestro luchador, le cogió por mitad del cuerpo y con prodigiosa violencia le tiró al suelo: que quiso Enrique renovar la lucha, mas no se lo permitieron. Mem. de Fleuranges, cit. por Robertson.

rano de un reino grande, enclavado en el centro de Europa, y fuerte por la unidad que acababa de alcanzar; dotado de

Cárlos de España las consecuencias de esta union, determi-

REYES DE ESPAÑA

D. CARLOS 1º.